Cuatro o cinco nombres recibe el protagonista de “El Río” a lo largo de las más de 300 páginas de libro. También conviven varios estilos dentro de su relato. Y muchas, muchas peripecias. Cuáles tomar, y cómo, al momento de convertirlo en novela gráfica, era la primera tarea.

 Cuando Alejandro Kandora, editor de Tajamar, me planteó el desafío, tuve una visión, un recuerdo lejano de mi primera lectura de El Río: naturalismo extremo, relato oscuro. Pero era un recuerdo muy precario. La novela era, es, mucho más que eso. Hay dolor, abuso, pero también hay humor, picaresca. Y un cierto afán… pedagógico por explicar códigos y leyes del río.

 Ya en el proyecto, me decidí por un relato gráfico menos oscuro, con líneas más sueltas, expresivas, sobre todo en los personajes. Y en el guion, apegarme a la mejor prosa de Gómez Morel, la que está en los episodios clave del libro, que hay muchos: una prosa dura, destemplada, rápida; una corriente impetuosa, sucia, indómita, como la del Mapocho en invierno.

Y, como eje central, había un llamado, o un grito, de un niño que quería ser aceptado en algún mundo. “Toño” lo bautizaron los primeros muchachitos que conoció en el Mapocho; unos seres marginales, embriones de delincuentes, pero que pertenecían a algo. Que tenían un código y una solidaridad básica. Mucho más de lo que el Toño –el nombre le gustó- había conocido hasta entonces, viviendo en dos o tres casas, pero no un hogar; con una madre prostituta como centro –temperamental, imprevisible- de eso que pudo ser una familia.

 Entre tantos sucesos narrados, asomaba claramente esa línea que trazaba el sentido profundo de El Río. Alfredo Gómez Morel, o el Toño o tantos otros nombres, buscaba una pertenencia. Y creyó haberla encontrado luego de su primera noche junto a los niños del Mapocho. “Fue un momento cristalizador en mi vida –narra-. A pesar de lo ocurrido en la noche, el jolgorio, la sensación de libertad y la violenta ternura de esos chicos se me metió en lo más hondo del alma. Debía volver algún día”.

La imprevisible conducta de su madre, y la lejana y cansada presencia del padre, lo sacaban periódicamente del cauce del río para devolverlo al de las normas sociales. No era fácil, ni gratis. Aprendió pronto que podía sacar partido de los abusos. Y de los abusos sexuales, en especial. Y así, sobrevivir.

Si ya en esa primera noche junto a los niños del río comprendió la fuerza y el poder del sexo; pronto descubrió que era un elemento fundamental marcaría su vida, presente hasta en su seudo hogar, en el colegio y sus curas, en los ritos del rio.

Y empezó ese largo viaje en el que no habría opciones morales; solo su objetivo de sobrevivir, de hacerse grande en el delito, de lamerse las heridas a través del sexo.

 Pero sus los problemas no terminarían. En cierto momento, el protagonista viola las rígidas pero a la vez difusas leyes del río. Y es expulsado. Comienza entonces su viaje por el infierno. Uno en que se suceden reformatorios, calabozos policiales, torturas, cárceles. Allí sufre y hace sufrir (y siempre rige el castigo a quienes subvierten las leyes del hampa por causa del sexo). Pero él no pierde nunca su propósito: ese viaje es necesario para recuperar sus credenciales de choro del río. Suele equivocarse, pero los consejos de dos viejos delincuentes lo encaminan. Uno de ellos, el Ñato Tamayo, lo resume así: “¿Crees que serás un verdadero hombre por usar la violencia innecesaria y que así olvidaremos lo ocurrido en el río? No, resérvala para luchar contra la ciudad y los giles”. Los giles eran -¿somos aun?- la gente de la ciudad.

El Toño vuelve de su recorrido por el infierno, pero no para redimirse. Él había elegido su camino, sin saberlo todavía, esa tarde en que, vagando luego de huir de su casa, vio a los niños del Mapocho jugando sobre las losas del río, entre la basura, los restos de los aluviones, sus casuchas y sus perros. Ahora el camino hacia su vida adulta está claro: quiere ser un delincuente aventajado.

En las páginas finales se aleja del río; de su cauce, enmurallado en el centro de la ciudad y de flujo desordenado cuando la corriente avanza hacia el mar. El Toño, recomendado por sus líderes a colegas peruanos, se embarca hacia El Callao en un final de aguas abiertas, de cielos abiertos. ¿Cielos promisorios? No. Habrá un último diálogo, sorpresivo, que anuncia el mundo al que se enfrentará. Pero él va preparado: lleva sus credenciales de choro del río.